

débil mano dejándolo a obscuras en el borde del camino, tanto, que, al primer paso que da en la alta cima, se precipita en el abismo. César, en nombre de los dioses, te ruego que me escuches, porque el hombre de la antorcha, ese hombre que está próximo a expirar, eres tú...

L.—Sí, bien dices Bruto; es la ley común; pero el destino no se muestra igual para todos; cada uno labra el suyo según su corazón; y mientras unos quedan pequeños, otros se engrandecen. Todo está en escuchar la voz secreta que dice a la serpiente: «¡Arrástrate!» y al águila: «¡Vuela!» Ahora bien, la voz secreta que yo escucho, me dice: «¡Adelante, César, adelante! Tu edificio espera el último asiento; mientras le quede algo que hacer, nada ha hecho César.»

C.—¿Y qué más pretendes hacer, César? Has sometido a los bretones; los galos están vencidos; Cartago está amordazada y ruge atada a la cadena; las dentelladas de la loba romana hacen sangrar a Egipto, y el Eufrates sólo es uno de los mil abrevaderos en los que nuestros caballos apagan su sed. Ninguno se atreve a resistir, todos los obstáculos se allanan, el rebelde de ayer pide hoy clemencia. Ya sea por cálculo, o esperanza, o bien por amor o miedo, todo se somete a tus leyes, y tu águila vencedora se cierne sobre la tierra, contemplando al sol desde las nubes en que el trueno ruge. ¿Qué más necesitas? ¿Qué más ambicionas, tú, a quien en vida apellidan *divino*? ¿No tienes aún suficiente? ¿Debes castigar a Roma por haber hecho de ti, al crearte, más que un hombre?

L.—Jamás ha hablado Roma, de la que más que celoso te haces abogado, como tú lo haces ahora, bien lo sabes. Bruto. Es la nobleza la que así se expresa, a la que mi fama deslumbra y mi gloria mortifica, sobre todo desde el día en que, fatal a sus proyectos, cogí al Titán, mi rival, cuerpo a cuerpo en los campos de Farsalia, hiriéndole en el rostro con el mismo golpe que derribó a Pompeyo. No, Bruto, tú no ignoras que el pueblo es mío, porque así lo han decidido los dioses.

C.—¡Calla, César, calla! Deja en paz a la gran víctima, pues tu victoria, andando el tiempo, podría convertirse en crimen... Así, pues, no insultes con tu sonrisa burlona al vencido cuya caída anonada a su vencedor, y cuyo espectro irá agrandándose en la historia para manchar tu fama con su sangre. Aun no se ha fallado vues-

tra causa: los dioses estuvieron por ti, pero por él estuvo Catón.

L.—No parece sino que Bruto, en su odio eterno, haya reemplazado al esclavo que va acompañando el carro del triunfador con solemne voz, y que, como él, viene para gritar a César en medio de la alegría en que bulle Roma: «¡Acuérdate, César, de que sólo eres hombre!»

C.—No; si devuelve intacto a los romanos el depósito que éstos le confiaron, César es un dios. Mas si desoyendo este consejo César traiciona a Roma, no sólo deja de ser un dios, y queda por debajo del hombre para convertirse en tirano.. Pero (*suplicante en vez de amenazador*) cuando me veas caer a tus plantas, y me oigas gritar por última vez con acento angustioso: «¡Compasión para los romanos y para ti mismo!», entonces modificarás tus proyectos... ¡Oh rabia! ¿No contestas?...

L.—¡Paso a tu emperador!

C.—Pues bien, ¡muere, tirano!

Y el comediante, que poco a poco se había aproximado a Lorenzo, al pronunciar estas últimas palabras, sacó un puñal de su pechera, y, desembozándose, dió a Lorenzo una puñalada que hubiera sido mortal de no haber tropezado la punta del arma con una cota de mallas que bajo el jubón llevaba el favorito del duque Alejandro.

Sin embargo, fué tal la violencia del golpe, que el joven se tambaleó.

—¡Ah!—exclamó el comediante echándose atrás,— el demonio va acorazado.

Lorenzo echóse a reír con toda naturalidad, quizás por vez primera, y abalanzándose de un solo brinco al cuello del comediante, entablóse una lucha tanto más espantosa cuanto que, no obstante ser muda, adivinábase que sería mortal.

En el primer momento, cualquiera, al ver el aspecto de aquellos dos hombres, uno de ellos robusto y musculoso y el otro débil y afeminado, cualquiera habría concedido la victoria al que reunía todas las apariencias de la fuerza. Sin embargo, al cabo de un minuto, el atleta fué el primero en sentirse rendido, y, al caer en el suelo exhalando un grito ahogado, se halló a discreción de su endeble adversario.

En la mano de Lorenzo apareció aquel diminuto pu-

ñal, agudo como lengua de víbora, y con el que, una hora antes taladraba florines en casa del duque.

—¡Ah!—exclamó Lorenzo con acento alterado y acercando el puñal al cuello del comediante,—me parece que los papeles se han cambiado, y que es César quien va a matar a Bruto.

—¡Podéis dar gracias a Dios, duque Alejandro!—murmuró con voz desfallecida el comediante.

—¿Eh? ¿Qué estás diciendo?—exclamó Lorenzo apartando su puñal del cuello de su adversario.

—Nada—contestó con voz sombría el fingido comediante.

—Algo dijiste—insistió Lorenzo.

—Pues lo que digo—contestó el esbirro, es que Dios no permite que Florencia sea libre, puesto que el duque Alejandro ha tenido en vos un escudo.

—Entonces, ¿era al duque a quien querías matar?

—Juré que moriría a mis manos.

—¡Diantre! Esto cambia por completo la faz de las cosas—dijo Lorenzo soltando a su adversario.—Levántate, y explicame eso.

El esbirro levantóse sobre una rodilla, y con voz en que la vergüenza y la desesperación se confundían, dijo:

—No os burléis de mí, Lorencito. Intenté daros muerte y no lo he conseguido; vos sois más poderoso que yo. Llamad a los vuestros y enviadme a la horca.

—¡Hombre! Cualquiera diría, con el modo que tienes de expresarte, que tú eres el amo aquí—dijo Lorenzo con su peculiar aire zumbón.—Y si se me antojase dejarte vivir, ¿quién podría impedírmelo?

—¡Dejarme vivir!—exclamó el esbirro tendiendo las manos hacia el joven. ¿Podrías hacer vos eso?

—Quién sabe, Miguel Tavolaccino,—respondió Lorenzo recalcando el nombre del que había intentado asesinarlo.

—¡Cómo! ¿Sabéis mi nombre?—exclamó con asombro el esbirro.

—Y hasta quizá tu historia también, mi pobrecito Scoronconcolo.

—En ese caso ya comprenderéis...

—Efectivamente, he oído hablar vagamente de la historia, pues a la sazón me hallaba en Roma. Ea, cuéntamela.

—Puesto que me habéis conocido—dijo Tavolaccino,—¿sabéis quién era yo?

—¡Claro que lo sé!—respondió Lorenzo arrellanándose en su asiento—eras el bufón del duque Alejandro.

—¿Habéis amado alguna vez, Lorenzo?

—¿Yo?—repuso el joven con voz fría y penetrante.—¡Jamás!

—Pues bien, yo amaba; mi insesantez llegaba hasta eso. ¡Oh! Vos no sabéis lo que es verse aislado, desdeñado y excluido como lo está un infeliz bufón, el cual, cuando el príncipe se cansa de él, es la risa y diversión de sus cortesanos. Vos ignoráis lo que es dejar de ser hombre para convertirse en un ser que ríe, y llora, y hace muecas... es cosa a la que todos golpean para arrancar de ella los sonidos que más les convienen, un títere del que todos tiran del hilo... ¡En esto estaba yo convertido!... Pues bien, en medio de aquel sombrío envilecimiento, de aquella obscurísima noche, brilló para mí un rayo de luz, es decir, fui amado por una hermosísima joven, casta y risueña; la blancura de su frente superaba a la de los blancos lirios, y sus mejillas más frescas que una hoja arrancada del corazón de una rosa. Fui amado por aquella niña... ¿comprendéis, monseñor?... fui amado por aquella niña, yo, infeliz bufón, pobre corazón aislado, triste cabeza huera... Mi pecho alimentó entonces todas las esperanzas que los demás hombres alimentan; soñé en la embriaguez del amor, vislumbré los goces de la familia... Fui a encontrar al duque y le pedí licencia para casarme... «¡Casarte!», me dijo el duque echándose a reír a carcajadas. «¿Es que te has vuelto loco de veras? ¿No sabes, acaso, qué es el matrimonio? ¿No has notado que desde que me casé no hay quien pueda divertirme? Apenas te habrás casado, Scoronconcolo mío, te pondrás triste, taciturno, receloso, y ya no me harás reír. Ea, no vuelvas a hablarme del asunto, o, de lo contrario, mando que te den veinte azotes.» Sin embargo, al día siguiente le hablé de nuevo, y cumplió su palabra... Jacobo y el *Húngaro* fueron los encargados de azotarme hasta que la sangre bañó mis espaldas. No me di por vencido y volví a hablarle al subsiguiente día; entonces me dijo el duque: «Veo que la enfermedad es inveterada, y que para curarla tendré que recurrir a los grandes remedios.» Y con el tono del amo que se interesa por su

criado, preguntóme cómo se llamaba mi amada, dónde vivía y quién era su familia. Yo, creyendo que el duque consentía en mi ventura, arrojéme a sus pies y le besé las rodillas; después, loco de alegría, corrí a casa de Nella, y pasamos un día de inefable dicha. Aquella noche hubo un festín en palacio, y en él figuraban Francisco Guicciardini, Alejandro Vitelli y Andrés Salviati, como también yo, que en ninguno faltaba. Cuando la conversación, la música y el vino les hubo calentado la cabeza, abrióse una puerta, por la que lanzaron entre ellos a una muchacha... Aquella virgen, aquella mártir, monseñor, era mi amada, por la que hubiera sacrificado mi vida; era Nella... ¡Oh!—exclamó el esbirro echándose a los pies de Lorenzo,—dejadme vivir, monseñor, dejad que me vengue, y os juro por quien soy, que, una vez haya degollado el tigre, volveré para tenderme a vuestros pies y deciros: Vengaos en mí vos ahora, monseñor, yo ya me he vengado en él...

—Pero tú no me lo cuentas todo, Miguel—dijo Lorenzo, sin que en su semblante se adivinara la impresión que el relato le causara.

—¿Qué queréis que os diga, y qué importa lo demás?—replicó el esbirro.—Abandoné aquella corte maldita, y corrí como un desatentado hasta encontrarme fuera de Toscana. En Bolonia hallé a Felipe Strozzi, el cual ya sabía yo que era uno de los más encarnizados enemigos del duque, y entré a su servicio con expresa condición de que al regresar a Florencia sería yo quien mataría a Alejandro. Anoche llegamos, y al pasar por delante del convento de la Santa Cruz, vi que se llevaban el cuerpo de Nella, muerta de vergüenza, de dolor y desesperación... Y ahora ya os lo he contado todo...

—Es verdad—exclamó Lorenzo;—porque en cuanto a la orden que de Felipe Strozzi recibiste de asesinar me por haberme negado a casarme con su hija, así como el haberte fallido tu tentativa, no merece la pena que de ello se hable. Comprendo...

Detúvose un momento Lorenzo, y después continuó:

—Dime, Miguel, si en vez de llamar a mis criados y hacerte ahorcar, como no hace mucho tú mismo me aconsejabas, te conservase la vida y te devolviese la libertad, pero con una condición...

—La acepto sin saber cuál es—exclamó el esbirro;—mi vida puede servir de garantía.

—Miguel—siguió diciendo Lorenzo,—también yo tengo que vengarme de alguno...

—¡Ah!—exclamó el esbirro—a los grandes señores les es mucho más fácil vengarse...

—No lo creas, Miguel; porque yo me refiero a uno de los más íntimos del duque, uno de los que estaban presentes en la orgía de Nella.

—Soy vuestro, monseñor, y por lo tanto, podéis contar conmigo. Y si temieseis que me escapase, hacedme encerrar en un calabozo del cual poseáis vos sólo la llave, y no me hagáis salir de él sino para matar a vuestro enemigo... concediéndome luego que acabe a mi vez con el duque...

—Concedido; pero ¿quién me responde de tu fidelidad?

—Por la salvación de Nella juro seros fiel—exclamó el esbirro tendiendo la mano.—Espero vuestras órdenes, monseñor; ¿qué debo hacer?

—Lo que tú quieras... Ve a reunirme con Felipe Strozzi, a quien tu tardanza debe tener impaciente, y dile que no has podido llegar hasta mí, y que si no me has matado hoy, me matarás mañana.

—¿Eso es lo que de mí deseáis?

—Sí; además, todas las noches, de once a una, deberás pasearte por la calle Ancha.

—¿Entonces me enviaréis a ella alguna persona, monseñor?

—No; quien irá a ella seré yo cuando te necesite.

—¿Eso es todo lo que me ordenáis?

—Sí, ve. A propósito, ¿necesitas dinero?—preguntó el joven tendiendo a Miguel una bolsa repleta de monedas de oro.

—No, gracias—respondió el esbirro apartando la bolsa con la mano;—pero podéis hacerme un regalo de más valor para mí.

—De buena gana.

—Dejadme que tome una espada de aquella panoplia.

—Escoge entre ellas.

El esbirro fué examinando una tras otra las cinco o seis tizonas suspendidas de la pared, y, finalmente, sus ojos se fijaron en una hoja de Brescia montada a la espada.

—Esta, monseñor—dijo Miguel.

—Puedes quedarte con ella—contestó Lorenzo. Y añadió para sí:—Inteligente en la materia es el bribón.

—¿Quedamos, pues...?—preguntó el esbirro.

—En que pasearás todas las noches, de once a una, por la calle Ancha.

—¿Hoy también?

—También.

—Perfectamente, monseñor—dijo Miguel ciñéndose su espada; contad conmigo.

—¡No he de contar!—replicó Lorenzo.

Cuando el esbirro estuvo fuera, Lorenzo, sonriéndose, se decía:

—Me creo más afortunado que Diógenes y que he encontrado al hombre a quien buscaba.

Después se quedó pensativo y como tratando de recordar algo importante que tenía que hacer; de pronto se dió una palmada en la frente, y exclamó:

—¡Pues no se me olvidaba lo más principal!

Y sentándose a una mesa; escribió:

«Felipe Strozzi se esconde en la celda de fray Leonardo en el convento de San Marcos.»

Cuando hubo escrito estas palabras, Lorenzo tocó un silbato, no tardando en comparecer Birbante.

—Lleva esto al duque Alejandro—dijo Lorenzo a su criado,—y haz saber a todos, cuando bajes, que para nadie estoy en casa; únicamente estoy para monseñor el duque.

VIII

LA CELDA DE FRAY LEONARDO

Entre las dos calles más hermosas de Florencia, la de la Sandía y la Ancha, se encuentra situado el convento de San Marcos en el que Felipe Strozzi había hallado abrigo; este convento es aún hoy lugar de peregrinación para los viajeros atraídos por dos recuerdos, artístico el uno, religioso el otro; estos dos recuerdos son los cuadros, o, mejor dicho, los frescos del Beato Angélico, y el martirio de Savonarola.

En la celda de uno de los discípulos de aquel hombre cuya memoria tanto se venera en Florencia, es donde sus

últimos momentos son referidos, citadas sus últimas palabras, como si ayer las hubiese pronunciado; en aquella celda es donde, anualmente, se llena de flores el lugar de su suplicio; y, finalmente, aquella es la celda en la que Felipe Strozzi se había refugiado.

Al día siguiente, por la mañana, el proscrito, ya más sosegado, envió a fray Leonardo a casa de su hija Luisa, el cual, como portador de los reproches paternos, recibió la confesión de la joven.

Cuando regresó a su celda, el buen fraile abrazó a Felipe Strozzi y le dijo:

—Podéis bendecir, amar y besar a vuestra hija; como siempre lo habéis hecho; y perdonar a Lorenzo.

—Os digo que Luisa le ama—exclamó el anciano,—y que he visto salir de su casa a Lorenzo a la una de la madrugada; os repito que es un infame.

—Sí, es cierto que Luisa ama a Lorenzo—dijo fray Leonardo,—pero le ama como a un hermano.

—¡Puro y fraternal el amor de un Lorencito! ¿Y sois vos, padre mío, vos, que estáis acostumbrado a leer en el corazón de los hombres, quien me dice eso? ¿Sois vos quien sale en defensa de aquel miserable?

Fray Leonardo quedó pensativo un momento, y después, descansando la mano en el hombro de Strozzi, continuó:

—Vos mismo lo habéis dicho; pocas son las almas que no hayan sido por mí sondeadas, pocos los oscuros abismos en que las pasiones humanas se agitan cuya profundidad no haya medido. Pues bien, Strozzi; jamás he conseguido leer en el pensamiento de Lorenzo, no obstante haberlo mirado con más pertinacia que a los demás, pues no ignoráis que durante mucho tiempo fué el la única esperanza de los republicanos. Cuanto más he estudiado a las personas, más oscuro se me ha presentado el corazón de Lorenzo. Desde que ha regresado de Roma, hace ya un año, se ha hecho impenetrable a todos los ojos, aun a los nuestros, pues ni una sola vez, durante ese tiempo, se ha acercado al tribunal de la penitencia. ¡Oh!—exclamó con ademán de terror fray Leonardo—¡el que escuche a Lorenzo en confesión!...

—Eso si no muere sin confesarse—exclamó con acento sombrío Felipe Strozzi.

—No importa—replicó el fraile moviendo la cabeza;— ama, y puesto que ama no se ha perdido todo para él. El amor es una creencia, y el corazón en el que queda un rayo de amor, jamás reniega por completo de Dios.

—¿No era aún bastante mi desventura—dijo Strozzi,— para que ese hombre amase a Luisa y fuese por ella correspondido acabando así de quebrantar mi corazón ya tan lleno de dudas?

—Strozzi, en vez de acusar a Dios—exclamó el fraile,—debéis darle gracias de que la pobre niña, abandonada como estaba y en la creencia de que obedecía al amor paternal, ha sabido conservarse pura como un ángel, no obstante haber amado como una mujer.

—¡Oh! ¡Si yo lo creyese así!—murmuró Strozzi.

—Podéis creerlo, yo os lo afirmo—dijo fray Leonardo.

—¿Entonces, por qué no viene ella a decírmelo?—exclamó el desventurado padre, cuyo corazón rebotaba de dolor.—Me parece que si de sus labios lo oyera, mis dudas se disiparían.

—Cesen, pues, vuestras dudas, padre mío—exclamó Luisa, que, conducida por el fraile a la contigua celda, había escuchado toda la conversación y sólo esperaba una palabra de ternura de su padre para arrojarle en sus brazos.

Al mismo tiempo que la joven entraba por una puerta, el buen fraile, deseoso de no ser un obstáculo a las expansiones del padre y de la hija; salía por la otra.

Por un momento se confundieron las palabras con los besos, y únicamente Dios pudo oír las acciones de gracias que padre e hija le dirigían con voz apenas perceptible.

Después, la mirada de Strozzi buscó a fray Leonardo, y le vió que cerraba la puerta.

—¿Nos dejáis, padre mío?—dijo Felipe.

—La dicha desaparece tan rápidamente—contestó fray Leonardo,—que cuando un hombre goza de ella bueno es que otro se halle cerca de él orando.

Y dichas estas palabras; desapareció.

Strozzi, más débil contra el gozo que no lo fuera contra el dolor, dejóse caer en uno de los escabeles que el austero dominico utilizaba para sentarse.

—¡Mucho debéis haber sufrido, padre mío, si, en efecto, habéis dudado de mí!—dijo Luisa sentándose a los pies de Felipe.

—Sí, mucho he sufrido—exclamó Strozzi,—pues no sabes; ni jamás sabrás; con qué ternura te amo, Luisa. El amor de los padres sólo ellos y Dios lo comprenden. Hace tres años que salí de Florencia, y, durante ese tiempo, solamente he podido saber de ti a largos intervalos. Florencia, que es mi madre, y tú, que eres mi hija, constituís mis únicos amores, y aun creo que de las dos, oprimidas amo más a ti.

—Os hallabais con mis hermanos, padre mío, y el pensar que ellos os consolaban me servía de consuelo.

—Tus hermanos son hombres fuertes, creados para la lucha y para sufrir. Un padre, al engendrar a un hijo, sabe que lo debe a la patria. En cambio, una hija es el ángel del hogar cristiano, es la estatua del amor virginal que ha reemplazado a los antiguos penates. Juzga, pues, cuánto no habré sufrido, hija mía, al pensar en los peligros que te amagaban en esta desventurada ciudad y al ver que no podía protegerte... Mas dime, Luisa querida, ¿en qué te has ocupado durante todo este tiempo?

—En orar y amar, padre mío—contestó la joven.—He orado por vos, y he amado a Lorenzo.

—¿Es cierto, pues, que le amas?—preguntó Strozzi suspirando.

—Le amo tanto, que, si lo perdiera, no sé cómo podría Dios reemplazarlo en mi corazón.

—Pero nadie sabe que os amáis, ¿verdad?—preguntó Felipe titubeando.

—Todo el mundo lo ignora.

—¿Dónde y cómo os veis?

—Hasta que me dijo que abandonase la casa de mi tía; en ella nos hemos visto, pero desde entonces; nos vemos en la casita de la plaza de la Santa Cruz, adonde él viene disfrazado ora de un modo, ora de otro, pero sin abandonar nunca el antifaz, y cada vez adoptamos una nueva señal para la próxima entrevista. Lorenzo, tan pronto está animado y risueño, como sombrío y desalentado; o bien llora como una mujer, o está alegre como un niño.

—¿Y tú?

—Yo según le veo así estoy, pues su alegría me alegra y su tristeza me entristece.

—¿Y de la boda concertada entre vosotros, ¿sigue hablando?

—Sí, con bastante frecuencia, padre. Entonces se entusiasma, y habla de lo venidero, del poder, de la Corona; en fin, de cosas que son incomprensibles para mí.

—¡Hija mía! ¡Hija mía!

—Tranquilizaos, padre mío, no es a Lorenzo a quien debéis temer.

—Es cierto, ahora me haces recordar que aun te amenaza otro peligro... ¿Conque te ama ese duque infame?

—Todavía no me lo ha dicho nadie; pero varias veces, y aun esta misma mañana, he sido seguida por hombres enmascarados, y en los latidos de mi corazón he comprendido que pesaba sobre mí un peligro inminente.

—¿Sabe el duque dónde habitas?

—Desde no hace muchas horas.

—¡Válgame Dios!

—En cuanto lo supe me asusté, pero Lorenzo me ha vuelto la confianza diciéndome que nada tenía que temer.

—¡Lorenzo! ¿Has visto a Lorenzo?

—Sí, esta mañana.

—¿Y no te ha dicho que anoche nos encontramos él y yo?

—En efecto, me lo ha dicho.

—¿Y que te ofrecí a él por esposa?

—También.

—¿Y que no quiso aceptar tu mano?

—Todo, todo me lo ha dicho.

—¿Qué opinión te ha merecido?

—Me he compadecido de él, padre mío.

—¡Que te has compadecido!

—Sí, porque sé que ha debido sufrir.

—¿Dónde lo has visto?

—En su propia casa.

—¡Cómo! ¿Has tenido valor para ir a la calle Ancha, a aquella casa infame?

—He ido, porque creí que el peligro era inminente.

—¿Cuál de los dos ha sido el que primero ha hablado de mí?

—El, padre mío.

—Pero no sabe dónde me oculto, ¿no es cierto?

—Al contrario, padre, no lo ignora.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Yo.

—¡Oh, desdichada!—murmuró el anciano—¡Me pierdes y te pierdes conmigo!

—¿Pero es posible, padre mío, que supongáis...?

—¿Y es posible que seas tan crédula, que estés tan ciega? ¡Ah, Luisa! El duque nada ignora en estos momentos, y tú, mis amigos y yo, nos hallamos en sus manos por culpa de tu insensata confianza, de tu loco amor. ¡Oh, desdichada! ¿Qué has hecho? ¡Que Dios te perdone como yo lo hago!

Y Felipe Strozzi, que al pronunciar estas palabras se había levantado, dejóse caer de nuevo en su asiento retorciéndose los brazos.

En la puerta del convento sonaron dos aldabonazos.

—¡Escucha!—dijo Strozzi tendiendo la mano en dirección al sitio de donde venía el ruido.

—¿Y bien?—preguntó Luisa jadeante.

—¿No has oído? ¡Mira, y convéncetel—exclamó el anciano arrastrando a su hija hasta la ventana de la celda, desde la cual pudo ver Luisa el brillo de las armas.

—¡El duquel... ¡Y le siguen soldados!... ¡Esbirros!...—exclamó la joven.—¡Ah, padre mío, matádmel! ¡Pero no, no es posible! ¡Os habrán traicionado!

—Sí, me han traicionado—exclamó Felipe,—pero ha sido mi hija la que me ha hecho traición.

—¡Oh, padre mío!—dijo la joven sollozando,—antes de condenarme, esperad...

Poco tuvo que esperar el anciano, pues, a los pocos momentos, fray Leonardo apareció en la puerta de la celda, y dirigiéndose a Felipe Strozzi, le dijo:

—¿Estáis preparado para el martirio, hijo mío?

—Sí—contestó el anciano friamente.

—Está bien—dijo el fraile,—porque aquí están los verdugos.

Y entonces se oyó la voz del duque Alejandro que decía:

—Quedaos en esta puerta y no dejéis entrar a nadie. Vosotros, seguidme.

Y, acompañado de sus esbirros; Jacobo y el *Húngaro*, penetró en la celda.

—¡Ja, ja, ja!—exclamó el duque prorrumpiendo en una carcajada,—¿conque es cierto lo que me han dicho? ¿Con que el lobo ha caído en la trampa?

—¿Quién eres tú y cuáles son tus deseos?—exclamó

fray Leonardo interponiéndose entre el duque y Strozzi.

—¿Pregúntasme quién soy?—replicó con acento zumbón el duque.—Ya puedes verlo, mi dignísimo padre, soy un peregrino piadoso que visita las casas del Señor, para recompensar o castigar según sus merecimientos a los que, en su orgullo, se tienen por superiores a las recompensas y al castigo. ¿Que cuáles son mis deseos?—añadió el duque apartando al fraile con violencia,—pues que me dejes libre el paso, pues tengo que hablar con ese hombre.

Pero fray Leonardo púsose nuevamente delante de Felipe, exponiéndose él primero a la cólera del duque, y exclamó:

—Este hombre es huésped del Señor, y por lo tanto, es sagrado, y antes que le echen las manos encima, tendrán que pasar por encima de mi cuerpo.

—Perfectamente—dijo el duque cuyos ojos centelleaban,—pasaremos por encima de él. ¿Crees, acaso, que quien no ha titubeado en hollar el cadáver de una ciudad para subir al trono, se detendrá temeroso de pisar el de un miserable fraile?

—Ea—exclamó el *Húngaro* acercándose y esgrimiendo el puñal,—¿hay que...?

—No, a lo menos por ahora—contestó Alejandro;—tú llevas siempre mucha prisa.—Y dirigiéndose de nuevo a fray Leonardo, añadió:—¡Paso a tu duque!

—¿Mi duque?—replicó el dominico;—no conozco tal nombre. No ignoro lo que es un gonfaloniero, como tampoco lo que es un prior, y estoy dispuesto a obedecer a un juez; pero no sé qué es un duque ni un ducado.

—Entonces—repuso Alejandro, apretando los dientes con rabia,—¡paso a tu señor!

—¡Mi señor!—continuó fray Leonardo con igual resolución,—mi único señor es Dios que está en el cielo, y, mientras la voz de acá abajo me dice: «¡Vete!», escucho que me dice la de arriba: «Quédate.»

—¿Sí? Pues espera—dijo el *Húngaro*.

—¡Aguarda, repito!—exclamó el duque golpeando el suelo con el pie y lanzando al esbirro una mirada que le hizo retroceder;—cuando por casualidad soy paciente, bien puedes serlo tú también. ¿No ves que quiero evitar que esa joven se asuste?—Y volviéndose nuevamente

nacia fray Leonardo, añadió:—Pues bien, ya que no quieres conocer a tu duque ni a tu señor, ¡paso al más fuerte!

Y a una señal de Alejandro, los esbirros apartaron a fray Leonardo que, descubriendo a Strozzi, lo dejó cara a cara con el duque.

—Duque Alejandro—exclamó el anciano protegiendo a su hija con el brazo, mientras insultaba a aquél,—siempre había creído que te bastaban tu canciller, tu alguacil mayor y tus guardias, para no desempeñar tú mismo el papel de esbirro. Si embargo, veo que me había engañado.»

—¿Y te parece poco el placer de encontrar a un enemigo frente a frente?—replicó el duque echándose a reír.—¿Me has tomado, acaso, por uno de esos que durante la noche, y cautelosamente, se introducen en una ciudad, permaneciendo de día ocultos en un cubil y que aguardan paciente y arteramente la hora de alargar el brazo en la sombra y herir por la espalda? No; yo me presento en pleno día y a la luz del sol para decirte: Strozzi, entre los dos hemos jugado una terrible partida en la que nos apostamos nuestra vida; tú has perdido, y, por consiguiente, a ti te toca pagar.

—Sí—replicó Felipe—y admiro al mismo tiempo la prudencia del jugador que viene a reclamar su deuda tan bien acompañado.

—¿Es que acaso crees que tengo miedo? ¿Supones que no hubiera ido sin acompañamiento a donde hubiese presumido poder encontrarte? ¡Cuán engañado estás si tal creiste!—Y dirigiéndose a Jacobo y el *Húngaro*, les dijo:—Salid de esta estancia y cerrad la puerta y sea lo que fuere lo que oigáis, no entréis hasta que yo os llame.

Jacobo y el *Húngaro* intentaron resistir, pero el duque golpeó el suelo con el pie, y los dos esbirros dejaron a fray Leonardo, que fué a arrodillarse ante un reclinatorio, y abandonaron la celda cerrando tras sí la puerta.

—Ea, ya estoy solo contra vosotros dos, Strozzi—dijo el duque con altivez.—¡Ah! Comprendo, titubeas porque voy armado.—Y tirando al suelo su espada y su puñal, añadió:—Mira, arrojo mi espada y mi puñal. Ea, romano antiguo, ¿no hubo en aquellos tiempos un Virginio que dió muerte a su hija, y un Bruto que acabó con su soberano? Ea, hazle inmortal como ellos, hiere... ¿Qué arriesgas? Ni siquiera tu cabeza, pues ya sabes que el verdugo la

espera. Y a ti, traile, ¿qué es lo que te detiene? Recoge esa espada y sepúltamela por la espalda si es que no te atreves a mirarme de frente.

—Dios prohíbe a sus ministros derramar sangre— contestó fray Leonardo con voz sosegada, pero firme;— de no ser así, duque Alejandro, tiempo haría que hubiera libertado a Florencia del yugo de su tirano.

—Y bien, Strozzi, ¿sigues creyendo que tengo miedo?— preguntó el duque.

Luisa aprovechó el silencio que entre los tres se estableció, y con voz temblorosa dijo:

—No, monseñor, vuestra valentía es conocida de todos y os ruego que a ella igualéis vuestra bondad.

—¡Calla, Luisa!— exclamó Strozzi;— quiero entender que le diriges una súplica...

—Padre— insistió Luisa, mientras el duque envainaba nuevamente su espada y su puñal,— permitidme que hable, Dios dará fuerza a mis palabras...— Y añadió echándose a los pies del duque:— Monseñor...

—¡Levántate, niña!— exclamó el dominico levantándose de su reclinatorio y abalanzándose a Luisa.— Nada de pactos entre el ángel y el demonio. ¡Levántate!

—Haces mal, fray Leonardo— dijo el duque echándose a reír;— estaba tan hermosa en esa actitud, que iba a olvidarme de mi ofensa para sólo acordarme de mi amor.

—¡Hija mía! ¡Hija querida!— exclamó Strozzi estrechando a Luisa entre sus brazos.

—¡Oh Dios mío!— repuso fray Leonardo levantando los brazos al cielo,— si miras lo que pasa sin fulminar tus rayos, diré que tu misericordia es más grande aún que tu justicia.

—¡Jacobo! ¡Húngaro!— gritó el duque después de haber esperado un instante, como para dejar a Dios el tiempo de herir.

—Estamos a vuestras órdenes, Alteza— dijo el *Húngaro* entrando con Jacobo.

—Conducid estos dos hombres a los guardias para que a su vez los lleven al Bargelo,— repuso el duque indicando a fray Leonardo y a Felipe Strozzi.

—¡Monseñor! ¡Monseñor!— exclamó Luisa,— no separéis al padre de su hija ni al sacerdote de su Dios.

—Calla y quédate,— dijo Strozzi.— No des un solo paso si no quieres que te maldiga.

—¡Oh!— murmuró Luisa, y cayó de rodillas.

—Adiós, hija mía— dijo Strozzi;— desde este momento únicamente Dios velará por ti; pero no olvides jamás que tu matador es Lorenzo.

—¡Padre! ¡Padre!— exclamó la joven tendiendo los brazos hacia el anciano.

Felipe Strozzi, a quien las súplicas de su hija no ablandaron, le dió un postrer adiós tal vez más colérico que tierno, y salió.

—¡Oh, monseñor!— dijo Luisa dirigiéndose al duque,— ¿no puedo hacer nada para salvar a mi padre?

—Al contrario— contestó el duque volviéndose desde la puerta y acercándose de nuevo a la joven,— tú eres la única que puedes salvarlo.

—Y para salvarlo, ¿qué es preciso hacer, monseñor?— preguntó Luisa.

—Lorenzo te lo dirá— contestó el duque, y abandonó la celda.

IX

EL BARGELO

Felipe Strozzi y fray Leonardo, junto con Silvestre Aldobrandini, no obstante estar herido, y Bernardo Corsini, así como los demás patriotas que el duque Alejandro juzgó del caso, como individuos del complot tramado contra él, fueron conducidos al Bargelo y encerrados en una misma habitación cuyas ventanas estaban enrejadas; sus paredes estaban llenas de inscripciones que los innumerables mártires de la misma causa que habían precedido a los héroes de este relato grabaran en ellas.

Era el Bargelo un inmenso edificio que Arnolfo de Lupo había construido para que sirviera de Audiencia y de prisión; colgado de una de sus paredes se ha encontrado, no hace mucho tiempo todavía, un retrato del Dante pintado por Giotto.

Es todavía uno de los monumentos de Florencia que con más grandeza y originalidad recuerdan aquellos terribles tiempos de que fueron mudos espectadores.